

LA HISTORIA DE DURÁN

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

EL SIGLO XVI ES EL SIGLO en que se encuentran la civilización occidental y las grandes civilizaciones americanas. Apenas hacía unos cuantos años que Colón había llegado al Nuevo Mundo y el continente poco a poco iba siendo descubierto y colonizado, y las naciones indígenas conquistadas material y espiritualmente.

Con el descubrimiento de América se presentaron problemas muy difíciles. Europa marchaba por un camino que había trazado de antemano y que hasta cierto punto creía conocer cuando, súbitamente, se encuentra frente a hombres tan distintos y con una civilización tan ajena que en un principio llegó al extremo de dudar si esos hombres tenían pleno uso de razón; y la situación no fue menos violenta y desconcertante para los aborígenes. La historia es conocida; las dos culturas, que no podían convivir, chocaron; y una de ellas tuvo que desaparecer.

Se acabaron entonces para el indio libertad, civilización, religión y ambiente propios. La angustia que debió de haber sentido es indescriptible. Y, por si esto fuera poco, quedó sometido, reducido a la tutela de las encomiendas. Su terrible situación fue atenuada en parte por la labor piadosa de los misioneros cristianos.

Mas aún después de haber entrado el indio en su nuevo e impuesto medio, el recuerdo y el apego a sus tradiciones y la imborrable huella que el sufrimiento y el temor pasados dejaron impresa en su espíritu, no permitían que arraigaran bien en él las nuevas costumbres y modos de vida.

No faltaron evangelizadores que, como fray Diego Durán, se preocuparan ante esto porque los indios, al tener siempre presentes sus viejas costumbres y ceremonias, tan impregnadas como estaban de la religión prehispánica, hacían una mezcla de cris-

tianismo e idolatría. Aún estaban “neutros”, como dijo cierto indígena ingenioso al explicar su conducta al mencionado fraile.¹ “No es posible [—dice Durán—] darse bien la sementera del trigo y los frutales en la tierra montuosa y llena de breñas y maleza si no estuviesen primero gastadas todas las raíces y cepas que ella de natural producía”.² ¿Y cómo iban esos religiosos a poder extirpar los elementos paganos de la conducta indígena sin conocer bien las antiguas costumbres y creencias? Así pues, se lanzaron a investigar el pasado indígena. Reconocieron entonces que aquellos —tanto soldados como religiosos— que habían destruido las fuentes de la historia por creerlas cosa idólatra y endemoniada habían cometido un irreparable error, pero no por eso desistieron y, a base de lo poco que quedaba, reconstruyeron notablemente la historia de los pueblos indígenas.

Esa necesidad de estudiar el pasado en bien de la evangelización movió a fray Diego Durán, un dominico educado en México, a escribir su conocida *Historia*. Empezó su trabajo teniendo como norma lo que alguna vez expresó así: “porque, a mi pobre juicio, no creo que haya cosa en el mundo de trabajo más baldío que ocuparse toda la vida el hombre trayendo siempre entre manos lo que no entiende”.³ Empezó a escribir su libro ocupándose de los ritos y ceremonias religiosas, y sin perder de vista su objetivo principal de informar cómo tal o cual costumbre que él veía en los indios tenía su raíz en una determinada ceremonia antigua. Después, de seguro entusiasmado con su trabajo, continuó haciendo una historia de la nación mexicana, esta vez ya no tanto con el espíritu de un misionero celoso de las costumbres cuanto con el de un historiador.

NADA NUEVO TENGO AQUÍ para agregar a la biografía del padre Durán; pero los datos que al respecto hay son tan escasos y tan pocas veces se han mencionado, que no está por demás el recordarlos.

El cronista de su provincia religiosa, Agustín Dávila Padilla, de quien más datos podrían esperarse porque lo trató personalmente y tal vez le debía algunos favores, lo menciona apenas en su *Historia de la Provincia de Santiago de México*, y dice: “F. Diego Durán, hijo de México, escribió dos libros, uno de

historia y otro de antiguallas de los indios mexicanos, la cosa más curiosa que en esta materia se ha visto. Vivió muy enfermo y no le hicieron sus trabajos, aunque parte de ellos están ya impresos en la *Filosofía natural y moral* del padre José Acosta, a quien los dio el padre Juan de Tovar, que vive en el Colegio de la Compañía de México. Murió este padre el año de 1588".⁴

Beristáin y Souza añadió más tarde la fecha de su profesión en el Convento Imperial de Santo Domingo de México —8 de marzo de 1556—, y dice que fue hijo de Juanote o Anote Durán, lo que es dudoso, como veremos luego.⁵

Hace cuatro décadas, Francisco Fernández del Castillo descubrió, gracias a un documento del Archivo General de la Nación, en México, que Durán había nacido en Sevilla en 1537 y comprobó, como se había supuesto, que sabía la lengua náhuatl.⁶

Varios datos de gran valor sacó a la luz hacia 1945 Fernando Sandoval, quien consultó los libros de actas de los dominicos, preciosa fuente para este tema: Durán llegó a diácono en septiembre de 1559 y fue a Oaxaca en 1561, provincia en la que pasó buena parte de su vida. Hacia 1581 se le nombró vicario de la iglesia dominica de Hueyapan, en las estribaciones del Popocatepetl, donde cree Sandoval que escribió la mayor parte de su obra.⁷

Por último, Durán mismo da en su libro noticias de sí: pasó su niñez en Texcoco (t. I, p. 12), vivió en varios pueblos que no nombra pero que deben de estar en los actuales estados de Morelos, Puebla y Oaxaca (t. II, pp. 193, 216 y 218), estudió profundamente el náhuatl (t. I, p. 67) y terminó de escribir en limpio la parte ritual de su obra en 1579 y la parte histórica en 1581, según dice al final de cada una de ellas.⁸ Algunas veces se refiere a un borrador que escribió antes de hacer la redacción definitiva.

Respecto a la muerte del historiador dominico, Dávila da la fecha de 1588 y Franco la de 1587, que es menos probable porque uno de los documentos del Archivo de México que se refieren a él está fechado, como sabemos, en 1587, en vida aún de Durán.

Sobre la biografía del padre Durán no puede decirse, a la fecha, mucho más. Parece correcto, como entiende Sandoval, que fuera de familia pobre, ajena a las guerras de conquista y a las encomiendas,⁹ pero no se sabe siquiera si sus padres vivieron en América. Caben muchas conjeturas más, pero bastante aventuradas.

Un punto dudoso es la suposición de que Juanote o Anote Durán haya sido el padre del personaje que estudiamos, puesto que aquél tenía tiempo de vivir en América —vino en 1528 con Montejo— cuando Diego nació, y no existe dato alguno relativo a que haya hecho un viaje a España hacia 1537.¹⁰

Algunas interpretaciones erróneas, hechas sin base firme, habían llevado a la composición de una falsa biografía del padre Durán. El padre Alonso Franco, en su crónica, e igualmente Eguiara, Quetif, Echard y otros, lo hicieron natural de Texcoco y lo llamaron Pedro, errores inadmisibles que se debieron tal vez a la confusión con un franciscano de apellido Durán que radicaba en esa ciudad. Además, le negaban la propiedad de su obra, diciendo que sólo había recopilado datos para un libro que escribió Dávila Padilla. (Recuérdese que la *Historia* de Durán estuvo perdida desde que se escribió hasta el siglo xix). A estos errores, Clavijero añade otro al decir que se llamaba Fernando. Beristáin y Souza rectificó el nombre y le restituyó su carácter de autor de un libro, pero no corrigió la nacionalidad.

Ramírez se dio cuenta, gracias a lo que dice Durán mismo, de que éste no había nacido en Tezcoco, pero creyó que era nativo de la ciudad de México, mestizo, producto de uno de los primeros enlaces legítimos que hubo en la Nueva España. Parece que el citado historiador interpretó mal la noticia de Dávila Padilla sobre su correligionario y que no entendió la frase “hijo de México” en el sentido de *hijo de religión* de la Provincia de México, que es el correcto, como observó Fernández del Castillo.¹¹

EL MANUSCRITO DEL QUE SE HIZO la primera —y en rigor única— edición de esta obra,¹² es una copia del original —desaparecido—, la cual se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid. Está escrita a dos columnas, con letra del siglo xvi, y su título

es *Historia de las Indias de N./Y Islas y tierra firme*. Tiene, a la cabeza de la mayor parte de los capítulos, estampas iluminadas, el conjunto de las cuales forma un *Códice*.

Don José Fernando Ramírez descubrió el manuscrito y, ayudado por el gobierno mexicano, mandó hacer una copia, que se concluyó en 1854 por obra del señor Francisco González de Vera. Ramírez creía que la copia de la Biblioteca de Madrid estaba destinada a la impresión —con malas intenciones, tal vez, puesto que el nombre del autor se halló borrado— y que tenía, como era de esperarse, errores respecto del original.

La obra fue dividida en dos partes para su impresión, y se separaron las estampas del código para formar un *atlas* de 49 láminas. El tomo I, que contiene los capítulos del 1 al 68, más una Introducción escrita por Ramírez, fue impreso durante el Imperio, en 1867. Las circunstancias detuvieron la impresión, y el resto de la obra, con el *atlas*, no apareció sino hasta 1880, cuando su insigne editor había ya muerto. El segundo tomo fue publicado bajo la dirección de Gumesindo Mendoza, que era director del Museo Nacional, y se amplió con un Apéndice, por Chavero, que contiene una amplísima explicación de 16 láminas de la colección de M. Aubin que se añadieron al *atlas*. Ramírez tenía en mente hacer una explicación de las láminas del Código Durán, y también unas notas amplias sobre algunos problemas planteados por la obra, pero no llegó a realizarlas.

La obra del padre Durán comprende una parte histórica y otra ritual, y está dividida en tres “tratados”. El primero, que comprende la parte histórica, tiene 78 capítulos que relatan la historia de la nación mexicana desde su origen hasta el fin. El segundo, de 23 capítulos —que continúan con la numeración de los anteriores—, pertenece a la parte ritual, y da noticias de dioses, templos, sacerdotes y culto. El último tratado pertenece también a la parte ritual, tiene 3 capítulos precedidos de una “epístola” y terminados con 19 divisiones más, no contadas como capítulos, y se ocupa del calendario y su ordenación, divisiones y festividades. Entre los dos primeros tratados hay unos párrafos que deben considerarse como la introducción de la obra, ya que exponen los propósitos que llevaron a su ejecución y fueron escritos con anterioridad a todo lo demás.

Cuando fray Diego terminó de escribir —esto es, al finalizar la parte histórica— dijo algo que da a entender que pensaba continuar su trabajo. La interpretación no es segura, pues la mención es confusa; de cualquier manera, no ha llegado a nosotros continuación alguna de la obra.¹³

Me parece, por otra parte, que algo se ha perdido de la *Historia* que nos ocupa. En el tratado III, en varias ocasiones, hace referencia a puntos mencionados en el anterior, y para remitirse a ellos da el número del capítulo en que están comprendidos. El autor, al ocuparse, por ejemplo, del undécimo mes del año mexicano, se remite al capítulo en que habló de la diosa Toci que debe ser, dice, el décimonoveno; pero en la edición ese capítulo es el décimoquinto. En *todas* las referencias que hace, las cuales remiten a casi todo el tratado II en forma que no dan lugar a pensar que se trate tan sólo de una numeración invertida o modificada, se nota que hubo cuatro capítulos, los primeros de la parte ritual, que fueron descontados, tal vez al hacer la copia conservada en Madrid.

Algo más da lugar a esta suposición, y es la existencia de una lámina aislada que ocupaba, en la copia, el lugar correspondiente a los cuatro capítulos mencionados. Se trata de una estampa con el escudo de armas de México, notablemente distinta en forma y significado a la que adorna el capítulo relativo a la fundación de México en la parte histórica. (En ésta, el águila devora una serpiente; en aquélla un pájaro). Algunos de los capítulos que supongo faltantes debían de ocuparse de algo relacionado con esa estampa aislada.¹⁴

Durán se muestra como un autor que se basó en relatos orales, observaciones, crónicas indígenas y, tal vez, aunque en menor grado, en los trabajos de algún historiador español. Las crónicas indígenas fueron la principal fuente para él, y entre ellas cabe contar códices tanto antiguos como coloniales y alguna obra escrita tras la Conquista por algún indígena, muy probablemente en náhuatl.

Debe ser a una obra así a la que frecuentemente se refiere al citar una “historia mexicana” que le sirvió de base. Tanto debe haberse apegado a ella que dijo que si algún error tuviera su libro que se le atribuya a su fuente y “que no le digan mentís

no habiendo mentido él".¹⁵ Podría pensarse que esta "historia mexicana" no fuese una obra en particular, sino varios trabajos muy diversos, incluso ni siquiera escritos; pero en contra de este argumento —no carente de fundamento, por lo demás— puede tomarse la siguiente explicación de Durán al pasar a tratar de los tributos que recibía México: (Cap. 25) "La historia mexicana hace en este lugar una digresión y particular memoria de los grandes tributos y riquezas que entraban en la ciudad de México". El que la "historia mexicana" haga *en este lugar* una digresión y referencia a tributos parece indicar que dicha historia es un conjunto ordenado y tal vez completo. Además, en las páginas 397 y 398 del tomo I, dice que esa "historia mexicana" no concuerda con otras crónicas en ciertos puntos. No podemos saber si esa fuente estaba escrita en náhuatl, pero es posible; y Durán conocía la lengua.

En cuanto a los relatos orales, no puede saberse nada de su carácter. El autor sólo dice en ocasiones que le dijeron tal o cual cosa; a lo más, que el informante fue un indio de determinado lugar, o un conquistador, o un religioso como fray Francisco de Aguilar (t. II, p. 82). Observaciones o investigaciones personales suyas las cita raras veces, como, por ejemplo, la búsqueda de un códice del cual tenía noticia que se hallaba en Ocuituco, cerca de Hueyapan, de donde fue vicario (t. II, p. 76). Inclusive los que, como Ramírez y Chavero, lo consideraron autor de segunda mano, aceptaron como válida la suposición de que amplió su trabajo con base en este tipo de datos. La información oral debió de haber sido más abundante por lo que respecta a ceremonias, usos y costumbres.

Que Durán tradujo o copió algunos pasajes que aparecen en su obra lo demuestra Ramírez de una manera muy acertada, haciendo notar la diferencia entre el estilo literario de las piezas oratorias que pone en boca de los personajes en la parte histórica, y el del resto de la obra: el de aquéllas es notablemente superior y distinto. Aunque también cabe considerar que esas piezas oratorias pudieron ser obra del mismo escritor si éste hubiera sido acaso un elocuente predicador y hubiera tenido más gusto o facilidad para el sermón o el género dialogístico que para el narrativo.

Así pues, en la historia del padre Durán, aun en el caso de que sean muchos los elementos de copia y traducción, lo que hay de original no debió ser menos. De manera que su trabajo no fue fácil. Reconstruir una civilización destruida es como armar un edificio derrumbado del que muchas veces no quedan planos ni cimientos y hay que buscar el lugar de cada piedra para colocarla en pie, con el riesgo de poner alguna que no pertenezca o hacerlo en lugar equivocado y provocar que tarde o temprano se caiga lo que se ha rehecho. Durán no tuvo que hacer sus estudios desde el principio, pero sí fue uno de los primeros, y debió encontrarse con partes que corregir, con huecos que rellenar y con muchas cosas que difícilmente se incorporaban en el conjunto. Con razón se quejó de los españoles que destruyeron fuentes y vestigios —“con buen celo, pero con poca prudencia”— e hicieron el trabajo tan difícil como lo verá quien “tomase la misma impresa que yo, y al cabo descubrirá de mil partes la media”.¹⁶

En el libro de Durán hay historia y hay leyenda, como no podía dejar de ser en una crónica o relato indígena ni en la mentalidad de un conquistador o un misionero; aún hoy, no es siempre fácil distinguir entre la verdad y la leyenda de las historias antiguas. Lo importante es saber aprovechar ambas para el conocimiento de las civilizaciones. Muchos desprecian a autores como el que nos ocupa, por sus leyendas y cuentos; pero éstos pueden llevar al conocimiento de la cultura de un pueblo tan bien como muchas narraciones objetivas.

¿CUÁL FUE EL FRUTO del trabajo del padre Durán? Desde luego, una obra monumental en cuanto a dimensiones y a la enorme cantidad de datos que alberga. No una historia completa de la nación mexicana, porque omite muchos aspectos de la cultura, concretándose, en general, a lo más objetivo y, podríamos decir, espectacular o heroico de la historia política, y a lo externo de la religión. Pero los temas que toca de ninguna manera los deja confusos o a medias; antes bien, realmente no puede exigírsele que sea más detallado.

No conviene, por otra parte, juzgar con los mismos conceptos a la parte ritual y a la parte histórica que en rigor

son dos obras distintas. La segunda se parece más a una crónica que a una historia, pues carece casi totalmente de opiniones. Trata los temas con abundante información y bastante detenimiento, pero tanto es el detalle que no todo puede creerse —aparte de lo que obviamente se presenta como leyenda. Es probable que tenga muchas confusiones y errores en lo que se refiere a la narración de hechos particulares, pues si hay unos que saltan a la vista en la parte que se ocupa de la Conquista, más debe de haberlos en lo que toca a la historia más antigua; pero el conjunto y la ordenación son correctos, la cronología es bastante exacta, se demuestra conocimiento de la geografía, especialmente de la región de México y los volcanes, y no hay contradicciones notorias. En su mayor parte, este tratado histórico se ocupa de narrar batallas, y es que la memoria de ellas debió de haber sido lo que más debía de conservarse de la historia mexicana a la llegada de los españoles.

Más digna de elogios resulta la parte ritual. Aquí Durán es ya un verdadero historiador, pues opina, juzga, comprueba con base en lo que subsiste y saca provecho y enseñanza. Parece más digno de crédito en esta parte, y claramente se nota que lo que hay de leyenda o de descripción mal documentada es mucho menos. Desde luego, las costumbres prehispánicas aún subsistían en vida de fray Diego y su estudio se veía facilitado por ese hecho; además, Durán, al observar las reminiscencias de esas costumbres, pudo confirmar los datos que tenía sobre su práctica original, pues no existirían restos de algo que no hubiera existido.

En la parte que corresponde al calendario, las explicaciones son más abundantes, y hay una buena interpretación de los jeroglíficos de los años.¹⁷

Las láminas del Códice debieron de haber sido copiadas de pinturas indígenas y, aunque muy europeizadas, no perdieron su significado ni su carácter autóctono.

Si Durán sacó provecho de sus estudios en bien de la evangelización, no menos es posible ayudar con ellos la reconstrucción de la historia mexicana prehispánica. Su libro, pormenorizado hasta lo inimaginable, está lleno de leyendas, supersticiones, hechicerías, magias y cosas parecidas, y desde luego no es posible

darle fe a todo él; pero sí aprovecharlo íntegro. Así como es, la obra de Durán resulta, como dice Ramírez, una historia radicalmente mexicana, con fisonomía española,¹⁸ donde junto con los relatos de los hechos reales tuvieron que conservarse las palabras de los dioses, las hazañas fabulosas de los héroes, las hechicerías y las fantasías. Las historias más antiguas de todos los pueblos son así, y esto no constituye un defecto en la obra del padre Durán, sino una cualidad, porque además de representar al pueblo mexicano tal cual era, suple la falta de una auténtica historia indígena, que no debe de haber sido diferente.

Al ser, en esencia, una historia indígena, da un cuadro de la evolución de la nación mexicana pintado por los mismos mexicanos, que, mejor que cualquier otra cosa, expresa vivamente la situación y los sentimientos del pueblo a medida que su nación se asentaba, se fortalecía, comenzaba su expansión política y territorial y, encontrándose en pleno apogeo, era conquistada. Por ejemplo, en las elocuentes palabras que su autor puso en boca de los personajes históricos se retratan los sufrimientos de la peregrinación, la inseguridad de los primeros años —acompañada de una gran humildad—, el desarrollo, las conquistas y el goce de la gloria y del poder —expresado con gran orgullo—, el temor causado por las predicciones de la caída y el heroísmo mostrado ante ésta. Se notan en ellas también la cultura, la fe y las exquisitas educación y cortesía tan propias de los indígenas.

Gracias a esto cupo a Ramírez decir con razón que la historia de Durán representa al vivo al pueblo mexicano y permite que le veamos mover, le oigamos discurrir y sintamos lo que siente como si nos encontráramos entre él.¹⁹

Durán da en su obra, como nadie, una idea clarísima de la importancia extraordinaria de lo religioso en todos los aspectos de la vida mexicana precortesiana; de cómo no había actividades desligadas de ellas y de cómo la actividad primordial misma, la ocupación que honraba y distinguía, la guerra, era un rito.

Muchos aspectos particulares de la historia prehispánica están muy bien recalcados en esta obra: la gran importancia del famoso y discutido Tlacaélel, príncipe de México, cabeza efectiva del Imperio por más o menos sesenta años; la autoridad

de las opiniones de los reyes de Texcoco en los asuntos de la Triple Alianza; el temor y respeto de los indígenas tributarios de México hacia su metrópoli y quienes la gobernaban; las relaciones —muy curiosas en verdad— entre México y los varios reinos enemigos que tenía por vecinos y con los que celebraba la guerra florida.

Y en cuanto a las leyendas, que hemos notado que son abundantes y de valor, hay una que es muy interesante y significativa: la que narra cómo Moctezuma I envió a unos sabios hechiceros a investigar el pasado de su nación y cómo éstos remontaron hasta cierto punto conocido el camino que habían seguido los mexicanos en su venida al centro del país. De ahí en adelante el camino era desconocido y sólo su magia los llevó a la misteriosa Aztlán. El hecho de que esa leyenda prehispánica indique sólo un trozo del camino de la peregrinación, parece señalar que los antiguos mexicanos mismos ignoraban parte muy importante de su historia.²⁰

Sin que su autor se lo propusiera, la obra que nos ocupa ha llegado a ser también un documento para la historia de la evangelización de los indios, pues señala y trata de combatir defectos notables, que debieron de ser muy comunes entre los misioneros poco diligentes y que provocaron una conversión poco sincera. Dos notas al respecto hechas por Durán son muy ilustrativas:

En una, critica lo que podemos llamar carencia de sentido pedagógico por parte de frailes que trataban a los indios como a seminaristas y no como a personas que desconocían completamente el cristianismo: en una ocasión fue a oír a un predicador que al verlo “conociéndome [—dice—] entender la lengua, quísose esmerar y tomó por tema *refulsit sol yelipeos aureos*, etc., y empezó a tratar del resplandor divino y de las divinas personas, que ni él se entendió ni los oyentes le entendieron quedándose todos en tinieblas y aún yo muy desabrido de ver cuán poco atinamos a dar en el blanco de lo que los indios han menester porque el ministro que quisiere subir la cuerda (un punto más de lo que al bajo juicio de indio combiene hará disonancia y aprovechará muy poco porque en empezando el

indio a perder el hilo de lo que trata y trae entre las manos, y de sus puertas adentro oye la voz de Jacob y palpa las manos de Esaú, que es estar haciendo rayas en el suelo o contando piedrezuelas sin prestar maldita la atención, deseando que acabe y se quite de allí porque no le entiende cuanto dice".²¹

En otra, reprende a los misioneros que hacen su trabajo con poco celo, sin cuidado, sin preocuparse de si lo que enseñan es correcto o ha sido bien entendido, "y comen y beben y duermen tan sin cuidado como si no hubieran de dar a Dios cuenta de los que por sus culpas se van al infierno".²²

Faltas semejantes debieron haber sido la causa de fracasos sufridos en la evangelización, y el origen de muchas conversiones de indios, hechas sólo por guardar las apariencias o acaso sinceramente, pero con errores de doctrina.

DE LA LECTURA de la obra algo puede indagarse sobre la visión que tenía su autor del indígena y de su cultura; de su actitud hacia ellos. Como misionero debió de haber sentido aprecio por los indios y varias citas que hace en su libro y menciones sobre sus informantes indican que los trató ampliamente. Por otra parte, debe pensarse que los indios no pondrían información tan copiosa como la que le dieron en manos de un español que les fuera extraño u hostil. En sus párrafos, Durán se muestra como amante de los indios, pero sin llegar a ser un apologista. En el discurso de su obra, cuantas veces viene al caso, hace notar sus cualidades y las reconoce, pero no las pondera ni exalta, sino por excepción. Pinta a los indios como inteligentes, hábiles, astutos, valerosos, correctos y morales, pero terriblemente diabólicos por su religión y sus prácticas sangrientas. Y esto, para el buen fray Diego, es un defecto que opaca todas las demás virtudes, y por ello es que Durán no llegó a ser un admirador de la civilización indígena.

Raras veces trata Durán a los indios con adjetivos realmente despectivos. De hecho sólo lo hace al principio, en su primer capítulo, en que los llama cobardes, pusilánimes y obcecados—muy insistentemente— y los hace descendientes de los judíos con todos los defectos que un cristiano de esa época podría

atribuir a aquéllos. En este lugar expone sus razones para suponer que los indígenas son de ascendencia hebrea, pero el asunto no lo vuelve a tocar más. Los juicios que en esa parte de su obra expresa parecen diferentes en espíritu, y hasta llegan a estar en contradicción con las opiniones del resto, por lo que puede pensarse, con muchas reservas, que fueron tomados de algún otro escritor español.

En las observaciones que Durán hace de la religión indígena —nada favorable a ésta, desde luego— hay aspectos interesantes. Para él fueron realmente envidiables la fe y la devoción de los indios por sus antiguos dioses, muestra su admiración y se lamenta amargamente de que no sean iguales los sentimientos de esos mismos indios hacia el cristianismo.²³ En unas frases puso como ejemplar el fervor indígena: “no dejará de causar contento y recreación el oírlo y leerlo y el ver la curiosidad con que los indios edificaban los templos a sus dioses y cómo los adornaban y pulían. Y ahora, para Dios, hay quien diga que basta una iglesia de adobe bajita y no muy grande”.²⁴ Exhorta a los misioneros a que trabajen por despertar en los indios sentimientos iguales para con la religión cristiana, y atribuye los males a la poca energía y apatía con que muchos de aquéllos realizan su labor.

Durán expone claramente en sus páginas cuán grande era el poderío de México y cuán fuerte la dominación que ejercía sobre las provincias conquistadas, pero no expresa opiniones al respecto, y casi no reprueba las matanzas de las guerras —como hace con las de los sacrificios—, limitándose a notar que “eran cosa que causaba gran piedad y compasión”, frase repetida innumerables veces en la obra; antes bien, parecen más duros los reproches que hace a los conquistadores españoles por los varios excesos que cometieron. Es que Durán juzga a los mexicanos y a sus obras como si él mismo fuese un mexicano de la época de los tecuhtlis, no de las provincias, sino de México o de Texcoco, un noble tal vez, bien educado y buen observador, guerrero, con sentido del honor y respetuoso de su rey, pero cristiano fervoroso.

EL ESTILO LITERARIO de Durán —lenguaje del siglo xvi— no es fino ni pulido, ni muy correcto desde el punto de vista gramatical; si bien no carece, ni mucho menos, de acertadas metáforas y de elegantes expresiones. Mas la característica sobresaliente de su estilo es el ser común y sencillo, casi como el lenguaje hablado. Ramírez lo llama pobre y desarreglado, y no se equivoca, pero no hay que entender por ello que es vulgar o inculto. Por causa de las defectuosas puntuación y ortografía de su lenguaje —que se ha corregido en la edición hasta donde ha sido posible sin apartarse mucho del original— se confunde en varias partes el lector, pero no es difícil desvanecer la confusión con el cambio de una coma o de una preposición. El autor no logra, a veces, completa claridad en su relato, pero cuando su propósito es dar una explicación logra hacerlo sin rodeos y con precisión.

Como la obra de Durán es una historia muy al vivo y de mucho colorido, el lenguaje tan usual y tan sencillo que tiene no resulta inapropiado del todo, y es ilustrativo y bastante agradable. Sin embargo, no son pocas las ocasiones en que, debido precisamente a lo común y natural que es, este lenguaje resulta impropio para ser escrito, y da lugar a repeticiones o enumeraciones tediosas, a corroboraciones innecesarias y, lo que es peor por cuanto que suele provocar que se pierda el hilo de la lectura, digresiones que no siempre son breves.

Las faltas más graves de lenguaje de fray Diego se hallan en las palabras del todo impropias e inadecuadas que usó para designar cosas de indios: “centuriones”, “ayuntamientos”, “saraos”, “virreyes”, “cabildos”, “maestres de campo”, “sargentos”, “jubileos”, “hebdómadas” y otras. Es cierto que la mayoría de los conceptos indígenas no han llegado, aún hoy, a ser traducidos con propiedad, pero nunca han faltado palabras más adecuadas que las que usó Durán. Él lo hizo así, de seguro por estar muy acostumbrado al lenguaje español y a sus pensamientos occidentales. Tan es cierto esto, que llegó a poner en boca de indios frases que éstos jamás hubieran dicho: “en toda la redondez de la tierra” (un funcionario de Ahuizotl, t. I, p. 379,

y el rey de Tacuba, t. I, p. 415) y, la más notable, “este nuevo mundo” (Cuauhtémoc, t. II, p. 56).

Las piezas oratorias que transcribe son de un estilo más fino y rico, como ya hubo ocasión de señalarlo. En cuanto a los nombres nahuas, como el autor conocía bien esa lengua, están correctamente escritos, y no son frecuentes las corrupciones.

LA HISTORIA DE DURÁN se vio en algunas ocasiones menospreciada debido a que fue víctima de un verdadero embrollo que se formó alrededor de las historias de Acosta y de Tovar. Todo surgió de que José de Acosta basó una parte de su famosa *Historia natural y moral de las Indias* en la *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias*—el llamado *Anónimo* o *Códice Ramírez*— del jesuita Juan de Tovar, y a que copió ésta parcialmente. Tovar había sido ayudado por Durán y por ello las obras de éstos tienen partes casi idénticas, y, por ende, también semejanza con la de Acosta.

Desde que apareció la obra de Acosta, en 1590, hasta que Ramírez descubrió el *Anónimo*, en 1856, se tuvo a Acosta por plagiarlo de Durán, porque Dávila Padilla—en el párrafo que cité al principio de este trabajo— lo daba a entender así. Cuando salió a la luz la *Historia* de Durán, las semejanzas existentes fortalecieron esa falsa opinión.

Si una vez descubiertos el *Anónimo* y la *Historia de las Indias* de Durán se hubiera colocado a aquél como puente entre ésta y la *Historia* de Acosta, como debió ser, todo se hubiera corregido; pero se le puso en primer lugar, y se supuso que había sido escrito por un indígena del estado secular a mediados del siglo XVI, traducida al castellano por Tovar, y usada como base por Durán, Acosta y otros. Se le bautizó con el nombre de su descubridor, y el flamante *Códice Ramírez* fue puesto, a iniciativa de don Alfredo Chavero, en uno de los lugares más sobresalientes entre las fuentes para la historia de México.

En 1860 apareció una nueva versión del *Códice Ramírez* junto con una carta de Tovar a Acosta y otra en respuesta, que revelaron que Tovar escribió dos veces su obra, y que una de sus versiones fue hecha con ayuda de un dominico y prestada

al jesuita Acosta. Se comprendió poco después que el *Códice Ramírez* y su gemelo fueron obra de Tovar, y finalmente, en 1885, Eugène Beauvois confirmó que el autor original, el fraile dominico que ayudó a Tovar, el que merecía los honores dados al *Códice Ramírez*, había sido fray Diego Durán.

Ramírez supuso que el *Anónimo* había sido escrito a mediados del siglo de la Conquista, pero no lo fue sino hacia 1587, por los años en que murió Durán, según se desprende de una de las cartas mencionadas.

Luis Leal da algunas pruebas más de que Durán fue el autor original: da más detalles que Tovar y cita fuentes que éste omite; usa aztequismos que Tovar cambia por palabras españolas y, cuando aquél narra algunos hechos en primera persona, el segundo cambia, al copiar, por el impersonal de tercera.²⁵

HASTA LA FECHA, y dentro de lo que he podido averiguar, no se ha hecho un estudio amplio de Durán y de su obra. Los ha habido breves o parciales, sobre algunos aspectos de su vida o de su obra solamente, y también para relacionarlo con Tovar y Acosta y resolver el asunto del plagio. Son trabajos notables y hechos con mucho acierto; pero aún queda por hacer lo más importante: una valoración de la obra, una consideración científica y amplia sobre la importancia y la utilidad de ella, como obra seria y fidedigna —no por lo que dice sino por lo que una buena interpretación pueda sacar de ella—, digna de ser empleada en el estudio de la civilización precortesiana y del indígena desde la fundación de México hasta los años de la evangelización.

NOTAS

¹ Diego DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*. La publica con un atlas de estampas, notas e ilustraciones, José F. Ramírez. Tomo I, México, Imp. de J. M. Andrade y F. Escalante, 1867; tomo II, y atlas, México, Imp. de Ignacio Escalante, 1880. Tomo II, p. 268.

² *Ibid.*, pp. 68-69.

³ *Ibid.*, p. 71.

⁴ Agustín DÁVILA PADILLA, *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores*. 3ª Ed., prólogo de A. Millares Carlo, México, Academia Literaria, 1955. (Grandes Crónicas Mexicanas, 1). Es facsímil de la edición de 1625. p. 653.

⁵ J. Mariano BERISTÁIN Y SOUZA, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*. Publicada por José Toribio Medina. Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1897. Tomo I, p. 442.

⁶ Francisco FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, "Fray Diego de Durán", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, IV:3 (México, enero-diciembre 1925), pp. 223-229. El documento está fechado en junio de 1587; se trata de una acusación que hace Durán contra el padre fray Andrés de Ubilia por quitar imágenes, reliquias y libros a unos predicadores, predicar contra unos frailes y otras faltas graves. Junto a este documento hay otro que dice que Durán fue intérprete en un litigio en 1586. Se encuentran ambos en el Ramo de Inquisición, tomo 232, fs. 192-93 y 227-51.

⁷ Fernando SANDOVAL, "La relación de la Conquista de México en la *Historia de Fray Diego Durán*", en: Hugo DÍAZ-THOMÉ y otros, *Estudios de historiografía de la Nueva España*. Introducción de Ramón Iglesia. México, El Colegio de México, 1945. pp. 53-55.

⁸ Ya en 1578 llevaba escrita buena parte del libro, pues en su capítulo 94 sitúa la Conquista cincuenta y siete años atrás.

⁹ Fernando SANDOVAL, *op. cit.*, p. 52.

¹⁰ Véase Francisco A. de ICAZA, *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España*, Madrid, 1923, tomo II, pp. 349-50.

¹¹ FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, *op. cit.*, p. 228.

¹² De ella hay una reimpresión mala, sin adición alguna, hecha en 1951 (México, Editora Nacional); y una traducción al inglés, ésta sí con magníficas notas y una introducción, pero que abarca sólo lo principal de la parte histórica —no la ritual—, aparecida en 1964 (Nueva York, Orio Press).

¹³ Durán dice así: "... y porque de aquí en adelante me obligan a hacer otro tratado de las cosas pasadas desde este punto hasta estos infelices y desdichados tiempos..." Entiendo que quiso decir que los sucesos recientes requerían un nuevo volumen.

¹⁴ A propósito de esa posible falta nada observaron Ramírez ni el señor Vera. Las referencias que hace Durán se encuentran en la parte ritual, en las pp. 278, 286, 292, 295, 297 y 298; se refieren a los capítulos numerados por el autor como 12 y 23, 5 y 18, 16, 19, 22 y 12, 11, y 6 respectivamente, pero que en la copia de Madrid y en la edición figuran como octavo, décimonoveno, primero, décimocuarto, décimosegundo, décimoquinto, décimooctavo, octavo, séptimo y segundo de la parte ritual.

¹⁵ Diego DURÁN, *op. cit.*, tomo I, pp. 494-95.

¹⁶ Diego DURÁN, *op. cit.*, tomo II, p. 72.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 254-55.

¹⁸ J. F. RAMÍREZ, "Introducción" a Diego DURÁN, *op. cit.*, tomo I, p. XII.

¹⁹ *Ibid.*, pp. XII-XIII.

²⁰ Diego DURÁN, *op. cit.*, tomo I, cap. 27.

²¹ Diego DURÁN, *op. cit.*, tomo II, pp. 178-79.

²² *Ibid.*, p. 146.

²³ *Ibid.*, pp. 200-202.

²⁴ *Ibid.*, p. 82.

²⁵ Respecto a las relaciones de la *Historia* de Durán con las obras de Acosta y de Tovar, véase el trabajo de E. O'GORMAN en la edición por él preparada de Joseph de ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962 (Biblioteca Americana, Serie de Cronistas de Indias); el trabajo de Luis LEAL, "El Códice Ramírez", *Historia Mexicana*, III:1 (México, julio-septiembre 1953), pp. 11-33; y también la "Introducción" que J. F. RAMÍREZ hizo al Anónimo publicado en Hernando ALVARADO TEZOZÓMOC, *Crónica mexicana... precedida del Códice Ramírez, manuscrito del siglo XVI intitulado Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias, y un examen de ambas obras, al cual va anexo un estudio de cronología mexicana por el mismo señor Orozco y Berra*, José M. Vigil, editor, México, Imp. y Lit. de Ireneo Paz, 1878 (Biblioteca Mexicana).